

UNA ODA DE HORACIO

No preguntes, Leucónoe, para cuándo
fijaron los dioses tu muerte o la mía,
ni atiendas a las cábalas de Oriente:
sacrilegio es saber.
Mejor es aceptar lo que viniere,
ya sean muchos los inviernos que te otorgue
Júpiter, ya sea éste el último,
este que ahora fatiga al mar Tirreno
contra las blandas rocas.
Sé sabia: filtra el vino,
y ataja una larga esperanza, porque duramos poco.
Mientras hablamos
huye el tiempo celoso.
Goza el instante: no te fíes del mañana.

HORACIO –Quinto Horacio Flaco-(65-8 a.C), hijo de un modesto funcionario, recibió de su padre una esmerada y completa educación en Roma y en Atenas. Formó parte del ejército republicano, al mando de Bruto, que fue derrotado en Filipos por Octavio y Antonio. De regreso a Roma, amnistiados los supervivientes del ejército derrotado, se ganó la vida como funcionario hasta que un golpe de suerte le puso en contacto con Mecenas. A partir de ese momento pudo dedicarse, sin preocupaciones económicas a escribir, a levantar, palabra a palabra, como él mismo auguró, “un monumento/que durará más que el bronce,/más alto que la regia arquitectura/de las pirámides”, a seguir vivo, tantos años después: “No moriré del todo”. Te ofrecemos esta oda, en versión de Javier Roca, y te invitamos a gozar del instante: “carpe diem”.